

A. PÉREZ-REVERTE

«España es un país sin solución»

Su nueva novela es una ambiciosa trama de amor, espías, traición, reencuentros y aventuras, 'El tango de la Vieja Guardia'

Flaco. Igual de flaco. Con ese *tumbao* eléctrico que tienen los filamentos al caminar, Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) aparece por el vestíbulo del Hotel Palace de Madrid dentro de un abrigo de tres cuartos que le suaviza la esquelatura de astilla.

Entra rápido en el calor de la conversación. Entiende cada paso en la vida como una llamada para salir al mundo. Gasta una parla sulfúrica sobre casi todo y después de varias horas hablando uno tiene la sensación de que no le ha sacado nada.

Calienta la dinamo de la conversación hasta salir en llamas. Le gusta el cuerpo a cuerpo y la temperatura de incendio. Y así también escribe: en la órbita de Stevenson, de Conrad, de Melville, encontrándole a la vida sus púas y su aventura. Trae novela nueva: *El tango de la Vieja Guardia* (Alfaguara), una historia de amor en tres tiempos (años 20, 30 y 60). En dos vidas. En mil voces. La calentura de Max Costa -hampón de viejo cuño, bailarín de tango y elegante en la derrota- y Mercedes Inzunza, *Mecha*, probablemente la mujer más bella del mundo: un cruce de Ava Gardner, María Félix y Lauren Bacall. Todo lo que sucede en *El tango...* es lo que pasa en sus vidas: sus amores, sus distancias, sus miserias, sus secretos, sus reencuentros. La vida tal cual: espías, viajes, robos, sexo y perversiones, torneos de ajedrez, España, Italia, Mónaco, Francia, Argentina, aventuras, traiciones, memorias...

Pregunta.- Parece su novela más compleja, un desafío a todo lo anterior...

Respuesta.- Eso intenté. Uno es el resultado de lo que lee. Un escritor es una mirada, lo que la vida te deja en los ojos. Si tu vida es mediocre, casposa, arrogante, pues reflejará eso. Escribir es una forma de mirar. Cuando recordamos a los grandes autores, lo que nos llega de ellos es lo que reflejan de lo que observan, de lo que saben observar.

P.- Y aquí queda concentrado su territorio narrativo...

R.- Está, sin duda, pero es un espacio que tengo desde mis comienzos en la escritura. Yo tengo mi propio territorio. A mí me interesa un tipo de personajes, de mujeres, de símbolos, de mundos, de reglas... Y eso está en mis novelas de muy distintas formas: la soledad, la guerra, la mirada de la mujer, el héroe... Lo interesante es que según me hago mayor ese mundo se mueve y va evolucionando conmigo. Se hace más fuerte, más complejo.

P.- Y en *El tango de la Vieja Guardia*...

R.- Aquí se apuntala con nuevos registros. Ésta es, esencialmente, una novela de amor. De amor sin ningún tipo de complejos. De 40 años de pasión y espera. En esta sociedad nuestra se nos venden la mayoría de las veces unas historias de amor de herbolario. Estampas de dos que se besan en los parques y cosas así. Muy bien, pero lo que importa no es la escena tópica, sino lo que viene después: la distancia, la incompreensión, la enfermedad, la guerra, el desahucio... Por la vida que he llevado he visto muchas de esas cosas que suceden tras lo que se llama convencionalmente amor: a la mujer guapa prostituirse por un paquete de cigarrillos, al tío poderoso suplicar que no lo maten... Eso te otorga una lucidez muy útil para saber contemplar en profundidad la vida.

P.- La novela recorre tres momentos. Año 1928, 1937 y 1966, entre Argentina y Europa, antes de que esa época de cierto *sex appeal* volara por los aires...

R.- Bueno, ahí está una de las preocupaciones que tenía al escribirla. Aquella fue en muchos casos una época injusta y clasista y merecía extinguirse, como lo merecieron los dinosaurios. Pero en aquel tiempo había algo bueno. El rico se esforzaba por tener maneras. Y eso que parece una idiotez, no lo es. Pues el rico generaba unos modales que incluso él no tenía, pero que se contagiaban al resto de la sociedad y la hacía mejor. Era importante crear convenciones para ser aceptado. Los ricos generaban cultura porque la compraban. Y así sucesivamente. Palabras como dignidad, decencia, lealtad, coherencia o elegancia tenían un sentido real. Ahora no. Hemos ganado, por supuesto, pero es cierto que a veces uno lamenta que no se haya conservado lo positivo de aquel tiempo. A mí me educó gente que había crecido en esos días.

P.- El protagonista, Max Costa, seductor, ladrón de guante blanco y bailarín de salón, es un prototipo algo turbio de ese *esplendor*.

R.- Así es. Max tiene la elegancia que otorga el fracaso.

P.- Y mira hacia atrás sin arrepentimiento...

R.- Eso es puro Pascal.

P.- ¿Blaise Pascal, el pensador francés?

R.- Así es. En una de las ocasiones en que fui a la guerra estuve leyendo las cartas de Pascal y allí encontré una reflexión sobre el hombre indiferente que me pareció excelente. El mayor don del ser humano sobre los excesos de la especie y sus mezquindades es la indiferencia. Y no porque uno lo tenga ya todo, sino porque no necesita casi nada. Y algo de eso hay en Max.

>EL HÉROE CAÍDO Y LA MUJER PODEROSA

P.- Pero no cae en el acomodo de la resignación.

R.- Esa es la estética asumida como ética. Eso es algo que entiendes cuando llevas mucho camino andado, muchas guerras, desastres y años encima. Cuando la vida empieza a machacar sistemáticamente aquellas cosas en las que creías, entonces te encuentras desamparado. Es lo que sucede con Max, que al final no tiene nada más que dignidad. Aquí estoy, dice, con mi lanza. Y al que entre me lo voy a cargar... Aunque poco a poco va encontrando cómplices. Max sólo tiene su sable y su caballo. Es decir, su ética nacida del fracaso.

Arturo Pérez-Reverte pide vino. «Deja que se oxigene», sugiere. Pide cangrejo macerado en leche. Pide un pato laqueado. Al beber echa el cuello hacia delante. Y al rato parece que va ya a batirse en duelo. Odia ciertas cosas con furor. Y al hablar las palabras le bajan a demasiada velocidad del hemisferio izquierdo. Una propulsión que deja algunas a medias en el paladar. Lleva el pelo cortado al dos, por lo menos. Y huye del halago con ciertos resabios de gato listo. Le gusta charlar de literatura, pero le fascina más el desarreglo de la vida. Aunque como en el poema de Claudio Rodríguez: «*a pesar y aun ahora que estamos en derrota, pero nunca en doma...*».

P.- Decía el poeta Vicente Gerbasi que «el hombre es un secreto guardado por las horas»...

R.- No lo conocía, pero me parece un gran verso. Y no sólo por Max, sino por Mecha, la otra protagonista... En el caso de ella sólo podía ser inteligente, porque es el verdadero eje de la historia. Una mujer que cuando su belleza decae sigue deslumbrando por su talento. Capaz de hacer sentir a un hombre que el premio de su vida es ser mirado de un modo determinado por ella. La evolución de ese personaje me obsesionaba... Es alguien cuya sola presencia evoca la potencia de un tiempo que fue. Pero no lo hace como complemento, sino como motor de la trama.

P.- Un modelo de mujer poderoso.

R.- Es que Mecha podría ser un prototipo de la mujer del siglo XXI.

P.- A usted, en ocasiones, le han señalado como machista...

R.- Es una gilipollez. Cosa de ultrafeministas absurdas, de las que exigen sin argumentos la paridad a ultranza y cosas así. Un disparate...

P.- Sin embargo, defiende en la novela el prototipo de una mujer mucho más fuerte que el hombre.

R.- No sé si más fuerte, pero sí más inteligente. Siempre he creído que la mujer es muy superior. Y eso se va a confirmar definitivamente en no mucho tiempo. Llevamos 3.000 años de héroes masculinos, desde Ulises a *Mad Men*. En este sentido, la mujer está en un momento de transición muy interesante, porque no se ha apartado de ese modelo que se ha visto obligada a ejercer durante miles de años... Pero a la vez ya es otra cosa. Esa zona gris, como de tránsito, en la que se encuentran, genera unos conflictos fascinantes porque está propiciando un nuevo modelo que también da mucho de sí literariamente.

P.- A la vez, los secundarios, de nuevo, son algo más que aplique humano en *El tango de la Vieja Guardia*.

R.- Eso responde a algo que aprendí de John Ford: los sargentos son tan importantes como John Wayne.

P.- ¿De qué le ha salvado la literatura?

R.- De mí mismo. De envejecer... La juventud es la certeza de la batalla. Eso lo he vivido literaria y físicamente, como Julio Fuentes y otros tantos amigos corresponsales de guerra. Uno siempre es joven en la víspera de la batalla. Pero una vez que has vencido o has sido derrotado ya eres viejo. En ese sentido, cada novela es una batalla nueva y me mantiene joven. Me permite decir: «Mañana voy a pelear». Y cuando termino, da igual que gane o pierda.

P.- ¿La edad le ha hecho más escéptico?

R.- Más escéptico sí, más cínico no. Cuando eres joven tienes más certezas que cuando vas alcanzando una cierta edad. Los años te quitan certezas y te van aportando una firme claridad. Sobre todo para lo que uno rechaza. Y a mí lo que me queda es un desprecio enorme por los idiotas. Esa es una de las certezas que tengo y que intento cuidar. Y luego cuatro cosas seguras: que uno envejece deprisa, que morirás, que el ser humano es un hijo de puta peligroso, que el cuerpo de una mujer es el lugar más hermoso de la Tierra y poco más. Lo otro es incertidumbre.

P.- El odio a los idiotas, dice.

R.- En eso no transijo. Yo no peleo por cambiar el mundo. O porque crea que pueda mejorar algo. Ni por España, que no tiene solución. Lo hago por algo muy sencillo: porque los idiotas merecen morir. Toda esa agresividad que puedo aparentar viene por lo mismo, por mi desprecio a la idiotez.

P. - Pues parece un trabajo arduo.

R.- El peor cáncer que sufre la humanidad no es la maldad, sino la estupidez. Un malo inteligente hace el mundo mejor, porque te obliga a estar despierto. Los malos son necesarios. Matar a Bin Laden fue un error. Y evitar todo asomo de mal es cargarte el sistema inmunológico de la humanidad. Ahí tienes *El americano imposible*, de Graham Green...

P.- Pero hace falta saber quiénes son esos «idiotas»...

R.- Están muy definidos. Sólo hay que observar... Un ejemplo: George Bush Jr. jodió con la Guerra de Irak el orden mundial. Cuando un subnormal así resulta tan nocivo no te puedes quedar callado. Ahí tienes un ejemplo de idiota extremo. Y como ése te garantizo que hay muchos capaces de amargarnos la vida.

P.- ¿Sale rentable hablar sin mordaza?

R.- No sé hacerlo de otro modo. Y, además, yo no tengo nada que perder. ¿Qué más me pueden hacer? A mí ya me han abierto dos inspecciones de Hacienda.

P.- Regresando al *ring* de la literatura, ¿cree que aquellos críticos que le dieron duro en sus inicios ya están en paz con su escritura?

R.- Me da completamente igual si lo están o no. Yo empecé a escribir hace veintitantos años porque me apetecía y no tengo que pedirle permiso a nadie. Empecé a escribir porque daba vueltas solo por el mundo, porque he sido un lector voraz desde joven y porque escribir me sienta bien. Siempre he escrito para mí, porque además me da dinero y, por eso, independencia y libertad. Cuando la crítica me daba hostias por todos lados, continué escribiendo. No cambié. Tengo muy claro de que fueron los lectores y el mercado quienes me aceptaron. Y no al revés. No buscaba lo que se vendía para saber qué iba a escribir. Sencillamente hice novelas que no eran frecuentes en España... Y eso no es honradez o fidelidad a uno mismo. Eso es hacer lo que a uno le gusta. Con el tiempo he evolucionado, claro, pero sigo siendo yo. Que la crítica que antes me insultaba ahora me trate bien no es un motivo de vanagloria.

En este punto de la conversación, con el pato encima de la mesa, el mediodía adquiere combustión de duelo, aire de desembarco. Pérez-Reverte estira el gaznate y se da una friega de vino. Habla como a espadazos y en camisa parece que lleva los huesos por fuera. Adorna algunas sentencias con una sonrisa de tipo que sabe cuándo cerrarse sobre sí mismo, como algunos peces, como algunas flores, como algunos hombres. Dando la medida de su raro exilio. Ahora vamos al oficio, por no dejar que aclare la tormenta. A ambos lados del comedor los comensales observan. Hasta el actor Adrien Brody, que come con un jaguar de pantalón prieto a dos palmos de nuestra mesa, mira hacia esta latitud de vez en cuando, por si hubiera que salir por patas.

>PERIODISMO, PASADO Y ¿FUTURO?

P.- Curtido en numerosas guerras, con mil dramas clavados ya en las córneas, siempre ha rechazado el papel del periodista samaritano, como algunos otros promulgan...

P.- Hombre, claro. Hay algún compañero que aún cree que a una guerra se va por defender una causa. Yo siempre tuve claro, sin embargo, que no era más que un cazador para alimentar telediarios.

P.- No se ve en usted ese romanticismo del correponsal...

R.- Lo que hay es lo que ves. Era mi trabajo y cobraba por eso: como Julio Fuentes, como Ramón Lobo... Que tenía sentimientos encontrados, sin duda. Y angustias, soledades y un desván lleno de remordimientos como para cubrir todo el siglo XXI. Pero eso es cosa mía. Yo estaba ahí para contar lo que pasaba. Y una vez que terminaba el trabajo ayudaba en lo que podía, vale. Aunque siempre tuve claro que yo no era una ONG, ni una enfermera, ni un enviado de Médicos Sin Fronteras. Era un periodista de TVE y, antes, del diario *Pueblo*. Eso hay que asumirlo como es, sin más leyenda. Un periodista no puede ir a la guerra con amor a la humanidad e intentar con eso detener la guerra. ¡Pero cómo se puede creer algo así! Sólo eres un profesional que estás allí como otros están a pie de mina. O de manifestación. O de Congreso... Algo de todo esto es lo que quise contar en *Territorio comanche*, desde dentro. Nadie había dicho en verdad cómo se está en una guerra cuando eres periodista. Los tiempos muertos, el oficio, las miserias, los miedos, los otros...

P.- ¿Cómo percibe hoy el oficio?

R.- El panorama no resulta demasiado alentador. Si alguien a quien yo quisiera me dijese que quería ser periodista lo disuadiría. El periodismo de hono es el periodismo que yo conocí. Aquel en el que las redacciones hervían de humo, de seres turbios, de tipos capaces de vender a su madre o a su hermana por firmar en portada... Muchos de los periodistas que veo ahora son funcionarios que sólo manejan notas de prensa y Google. El periodismo independiente está desapareciendo, si no ha muerto ya.

Arturo Pérez-Reverte quiso ser marino. Hallar la gloria en el mar, como Conrad. Adivinar con el olfato el sentido de las mareas. Pero se tuvo que conformar con esto de ahora: que te saluden al pasar los conserjes del Palace. «En el paraíso de la envidia, la barbarie y la vileza»: España.

2012

http://rsocial.elmundo.orbyt.es/epaper/xml_epaper/EI%20Mundo/22_11_2012/pla_11014_Madrid/xml_arts/art_11737525.xml?SHARE=6C23C0F29C6C4F158F7CA6264B486305E68E24226E439B4CB237FEA350397C48394C5478E60AA048BEFC072724BEA5415D14DC99CA18AFEE9F7705DDC7D124D4DDCFA930CCC6E6CC88C533759D25FF539189F36A9240B4F59EA1A5C7013473AA

ANTONIO LUCAS / Madrid